

se vió que el amigo era un enemigo, y el aliado era un traidor! Es necesario ponerse en guardia, añade el historiador del imperio, cuando se quiere hacer no malograr en él los designios de la Providencia. Si hubiera salido bien, el crimen no hubiera dejado de serlo: ¿cómo es que un mismo hecho es un crimen, decimos mal, *una falta*, cuando el culpable ve malogrado su intento, y una acción gloriosa cuando se ve coronada por el éxito? Mr. Thiers pronuncia las palabras *artificio y engaño*; el artificio se cambiaría en buena fe y el engaño en verdad, si uno y otro, unidos á la violencia, hubieran triunfado (1).

El motín de Aranjuez, seguido de la abdicación de Carlos IV y del advenimiento de Fernando al trono, desbarató los cálculos de Napoleón. Pero su genio fecundo inventó nuevos *artificios y engaños*; imaginó (es Mr. Thiers quien habla) (2) no reconocer á Fernando VII y considerar á Carlos IV como rey; á él le sería fácil derribar este fantasma de soberano tan odioso á los españoles como incapaz de reinar. "Se podía bajo la forma de un arbitraje entre el padre y el hijo hacer triunfar la causa de aquél, el cual no tardaría en ceder la corona á Napoleón. Si además, bajo el pretexto de este arbitraje, se pudiera llevar á Fernando á Francia, se apoderaría de su persona y la dificultad sería *muy pequeña*." Tal fué el plan del complot; lo esencial era llevar al joven rey á Bayona. Murat entró en Madrid gracias á la ciega confianza de la nación española, porque Murat era tan fanfarrón como soldado. Napoleón envió á España á Savary, también general é instrumento ciego del emperador; había, además, desempeñado un papel siniestro en el juicio del duque de Enghien. Su misión al presente era menos sangrienta; consistía solamente en engañar á Fernando VII. Napoleón le encargó atrajera con astucia á Fernando y le condujese á Bayona, con la esperanza de resolver el litigio á su favor; no debía recurrir á la violencia si Fernando no se obstinaba.

Savary era astuto por naturaleza; desde luego habló de ir al encuentro de Napoleón hasta Burgos ó Vitoria, porque el emperador, decía él, estaba á punto de llegar, y Savary iba únicamente á ren-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. xxix (tomo II, p. 559 y siguientes).

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. xxx (tomo II, p. 582 y siguientes).

dirle homenaje y á explicarle al mismo tiempo el motín de Aranjuez. Savary hablaba siempre en su nombre diciendo que ignoraba las intenciones de su amo, afirmando que "cuando Napoleón hubiera visto al príncipe español y adquirido la convicción de que la Francia encontraría en él un fiel aliado, le reconocería por rey de España." No se tomaba el trabajo de engañar á quien por otra parte se engañaba á sí mismo; tan ciega era su confianza. Fernando escribió al emperador, pero no era una carta lo que Napoleón quería, era al príncipe y á *todo el que tuviera derecho al trono de España*. Respondió á Fernando en términos que pudieran atraerle á Bayona, sin contraer con él ningún compromiso formal. "Los *artificios y los engaños* no fueron inútiles." De ninguna manera quería inmiscuirse, ni juzgar sobre los sucesos de Aranjuez, ni pretendía tampoco mezclarse en los negocios interiores de España. Si se le demostraba que la abdicación de Carlos IV había sido voluntaria, no pondría ninguna dificultad en reconocer al príncipe de Asturias como legítimo soberano de España. Para esto, una conferencia de algunas horas le parecía conveniente. "Siguiéron á esto algunas seguridades para alejar toda sorpresa." En la reserva sostenida hace un mes por parte de Francia no se debe creer encontrar por parte del emperador un juicio desfavorable y preconcebido. Por último, se encontraba dispuesto á la idea de un matrimonio si las explicaciones que iba á dar en Bayona eran satisfactorias.

¿Cómo no prestar fe á las palabras del emperador? Hubo, sin embargo, un ministro del desgraciado Carlos IV que hizo presente á Fernando la imprudencia del viaje á Bayona. "Napoleón, dice él, no oculta mucho su pensamiento de engañarnos. Leed en el *Monitor* la descripción del motín de Aranjuez, y veréis clara la intención de desacreditar al nuevo rey, de ponerle dificultades inspirándose en el interés del viejo soberano. ¿No es esto decir que rechaza al uno como usurpador y al otro como incapaz de reinar? La política de Napoleón con respecto á España, no hay duda que es el desembarazarse de la Casa de Borbón y hacer entrar á la Península en el sistema del imperio francés." Los cortesanos de Fernando no aceptaron este sabio aviso. "¿Por qué, dice, el duque del Infantado, un héroe coronado da tanta gloria, había de descender á la más baja de las perfidias?" Es-

cuchemos la respuesta de Urquijo, que recomendamos á los que creen en los *salvadores* de la humanidad: "Vosotros no conocéis los héroes, no habéis leído á Plutarco. Leedle, y veréis que el más grande de todos ha levantado su grandeza sobre montones de cadáveres. ¡Los fundadores de dinastías, sobre todo, han edificado su obra muy frecuentemente sobre la perfidia, la violencia y el latrocinio! Nuestro Carlos V ¿qué ha hecho en Alemania, en Italia, y aun en España? ¡Y no cito al peor de nuestros príncipes! La posteridad no tiene en cuenta más que el resultado. Si los autores de tantos actos culpables han fundado grandes imperios, haciendo á los pueblos felices y poderosos, no tienen éstos en cuenta los príncipes que han despojado y los ejércitos que se han sacrificado" (1).

La realidad traspasó los límites del prudente español. Fernando y sus hermanos, el viejo soberano y la reina se entregaron en Bayona. Después de su partida estalló en Madrid una sublevación; Napoleón deseaba estos motines, y esperaba que la metralla y los sables de sus coraceros harían pensar á los Españoles en reconocerle. Alguna vez, como hábil comediante, finge la cólera para con los príncipes españoles, y Carlos IV toma por lo serio el mal humor de un hombre de quien su destino pendía. Apostrofando á su hijo Fernando, dice: "Hé aquí tu obra, recreáte en ella. La sangre de mis vasallos se ha derramado. La de los soldados de mi aliado, de mi amigo, del gran Napoleón, ha corrido también. ¡A qué desgracias no hubieras expuesto á España si hubiéramos caído en poder de un *vencedor menos generoso!*... Entrega, entrega esta corona tan pesada para ti, y dá-sela al único que es capaz de llevarla." La reina madre fué más violenta aún, reprochando de mal lijo á Fernando, por haber querido destronar á su padre, haber deseado la muerte de su madre, y ser pérfido, falso y cobarde... Fernando se calló, protestando, no obstante, que nada tenía que ver con la insurrección de Madrid. Napoleón puso fin á esta horrible escena, diciéndole que, si en el plazo de doce horas no renunciaba la corona en su padre, lo trataría como hijo rebelde. Tales fueron los preliminares de lo que se llama el Tratado de

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. xxx (tomo II, p. 594 y siguientes).

Bayona. Carlos IV cedió su corona á Napoleón para que hiciera con ella lo que quisiera, y Fernando y su hermano renunciaron, por su parte, al trono de España.

IV

Después de haber engañado á la real familia, Napoleón hubiera querido aún engañar á la posteridad. Escuchemos sus confidencias de Santa Elena: "Se me llena de reproches, se me acusa de pérfido, y no hay nada de esto. *Jamás he faltado á la fe en los negocios de España. Yo fui extraño á todas las intrigas y no falté á mi palabra ni á Carlos IV, ni á Fernando VII, ni empleé artificio alguno para llevarlos á Bayona.* Puedo dar fe de su incapacidad y tuve lástima de la suerte de aquel gran pueblo, y aproveché la única ocasión que me presentaba la fortuna. Pero lejos de emplear *ignobles subterfugios*, si he pecado, habrá sido por mi *audaz franqueza*. Lo de Bayona no fué un *golpe alevoso*, sino un *gran golpe de Estado*" (1). Que se comparen estas palabras con los hechos y decídase. Si, hubo un *gran golpe de Estado* en Bayona, pero también fué una *alevosía*. Si, hubo mucha *audacia* en los proyectos de Napoleón, pero también hubo *ignobles subterfugios*. "En el momento mismo en que el drama se ejecutaba, el emperador declaraba, dice Mr. Thiers, que lo que él hacía no era muy bueno, *bajo cierto punto de vista*." Este *cierto punto de vista* es decisivo, porque es la moral que conduce lo acaecido en Bayona. Todas las excusas son vanas ante el grito de la conciencia que el mismo culpable deja escapar.

Al saber los personajes que tomaron parte en lo de Bayona, hay que tener piedad de aquel gran pueblo. Jamás la majestad real se ha rebajado tanto. Carlos IV, un hombre pobre de espíritu, se pasaba el tiempo cazando y rezando. Dejando gobernar á su mujer adúltera, quien renovaba sobre un trono cristiano las orgías que habían degradado al paganismo expirante. Comenzó por prostituirse con un guardia de corps, y después hizo de su amante el confidente misterioso de todas sus maldades, llenándole de beneficios. El palacio de los sucesores de Carlos V se cambió en un lupanar. La nación

(1) LAS CASAS, *Memorias de Santa Elena*, t. IV, p. 233, de la edición en 12.º

pagaba (1). Fernando unía á la corrupción de su madre una cobardía extrema. El mismo día de su llegada á Valencey, en el valle de Berri, que le servía de prisión, escribió al emperador, que indignamente le había engañado y despojado del trono, para ofrecerle su respetuoso homenaje. Cuando supo que José había sido nombrado rey de España, le escribió otra vez para decirle la satisfacción que esto le había producido, así como á su hermano y tío. Aun se rebajó más: escribió á José, el rey intruso, felicitándole, y para estar seguro de que estas felicitaciones habían de ser bien acogidas, las envió por conducto del emperador (2). Un año después, volvió á escribirle; esta vez el rey legítimo pedía la protección del usurpador. ¿Qué quería, pues, este miserable que tanto adulaba en su abyección? Deseaba obtener la mano de una sobrina de Napoleón, y sería feliz, decía él, si José se dignase darle sus órdenes (3). ¡Pobres españoles: ellos se batían por Fernando, mientras que éste se revolvía en el lodo!

La indignidad, la infamia misma de los príncipes de España, no justifica á Napoleón. Tal es la triste condición de las monarquías hereditarias. ¡Estos Borbones tan viles y tan despreciables, eran los descendientes de Enrique IV! Los hermanos de Napoleón han tenido también hijos poco dignos de llevar el nombre del emperador. Preguntad á los pueblos si quieren soportar más el régimen de las Mesalinas. En la famosa conversación que Napoleón sostuvo con el canónigo Escóquiz, le decía que estaba en interés de España, tanto como en el suyo, el darle una nueva dinastía (4). Los españoles entendieron de otra manera su interés; sin duda el rey que se les había impuesto les llevaba el bienestar de la civilización y los beneficios de la revolución; pero no quisieron recibir estos dones preciosos de la mano de un enemigo. En las clases superiores hubo partidarios de la Francia, como en Alemania hubo también príncipes que saludaron al enemigo de su patria como un salvador. El pueblo se guió mejor por sus instintos que los príncipes y la aristocracia por

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 314 y siguientes.

(2) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de Europa*, t. III, página 514.

(3) *Memorias del rey José*, t. VII, p. 106.

(4) DE PRADT, *Memorias históricas sobre la revolución de España*, p. 268 y siguientes.

sus cálculos, puesto que rechazó al salvador que había comenzado por engañarlos. El pueblo combatió por un rey, el más indigno de los hombres, pero combatió por una fe que era más bien una superstición. Detrás de Fernando estaba la patria, y detrás el catolicismo, la independencia y la libertad futura.

Aun hay otra enseñanza en el crimen de Bayona. Todo crimen pide una expiación: los españoles predijeron á Napoleón desde el primer día del movimiento que encontraría su castigo allí donde había pisoteado el derecho y el pudor. En la carta dirigida al emperador y publicada por la Junta de Sevilla se lee (1): "Sabemos que un castigo tremendo puede tardar, pero siempre lo tienen los malvados. ¡Tiembra ante la España, no á causa de sus propias fuerzas, sino por tu conciencial. Todos los contemporáneos están unánimes en afirmar que el atentado de Bayona fué la primera causa de la ruina del emperador. "En Francia, como en Europa, dice De Pradt, la pérdida de Napoleón data de aquéllo: le falta la inspiración, la fortuna le abandona, sus triunfos se acaban y bien pronto el edificio de sus grandezas se desploma, y sobre sus ruinas se pudo escribir, que fuera de la moral y de los derechos de los pueblos, no hay más que abismos," (2).

N.º 4. — La locura.

I

La expiación de nuestras faltas y de nuestros crímenes es necesaria para la conservación del orden moral. Es la justicia divina quien la impone, y para hacerla más solemne procura que los culpables sean los instrumentos de su mismo castigo. Napoleón no sucumbe por las faltas que comete; sucumbe porque su ambición había llegado á la locura y al furor. Cuando hablamos de su ambición, entendemos por esto el poder absoluto puesto al servicio del espíritu de conquista. Si la Francia hubiera sabido guardar su libertad, la ambición de su jefe hubiera encontrado trabas en las prescripciones constitucionales; la voz del pueblo hu-

(1) Carta del 7 de Junio de 1808 (SCHOBELL, *Colección de documentos oficiales*, t. I, p. 329).

(2) DE PRADT, *Memorias históricas sobre la revolución de España*, p. 15.

quiera detenido al conquistador; pero fué el despotismo el que perdió al emperador: "Hay, dice madama Stael, en el poder sin límites una especie de vértigo que se apodera del hombre de genio como del necio, y los pierde igualmente al uno y al otro," (1). Esto es lo que sucedió á Napoleón.

Un escritor francés dice que "el sentimiento del bien y del mal, y por consecuencia el del derecho, el respeto á la verdad y el instinto humanitario faltaban en el emperador," (2). Es cierto que Bonaparte, como general, como cónsul y como emperador, no tenía los derechos de los pueblos. Pero aun cuando Bonaparte hubiera tenido el sentimiento del bien y del mal, lo habría perdido al ver los pueblos y los soberanos prosternarse ante él. Es necesario tener en cuenta esta servidumbre voluntaria cuando se aprecia la conducta del conquistador. Su advenimiento al poder fué la ruina del derecho, mas tuvo por cómplice á la nación. Desde entonces la fuerza reinó, la fuerza en manos de un conquistador de genio, y llegó á tal grado de poder que su voluntad no reconoció obstáculo alguno. La Europa guardó silencio después del atentado de Bayona; ¿qué digo? Napoleón tuvo por cómplice á Alejandro, ese príncipe que afectaba profesar sentimientos liberales. En la conversación del emperador con el canónigo Escóquiz, le dice: "El emperador Alejandro, á quien yo he dado parte en Tilsit de mis proyectos sobre España, los aprueba," (3). El czar era tan ciego como Napoleón; si el César francés pudo despojar á las más antiguas casas reales violando todo derecho, toda conveniencia, ¿qué garantía tendrían los otros soberanos y aun el mismo Alejandro? En efecto, á Alejandro le tocó su turno; y si bien no participó de la suerte común, no es debido á su genio, sino á sus cosacos y á la locura del conquistador, que quiso emprender una guerra gigantesca é imposible.

Napoleón mismo confiesa de cierta manera que la guerra con Rusia no tuvo razón de ser, porque no es justificar una guerra decir que él fué impelido por una necesidad irresistible, es decir, por la fatalidad; esto es lo que dice Cambacères: "Cualquier cosa que haga tendrá que venir pronto ó tar-

(1) STAEL (madama de), *Consideraciones de la Revolución*, cuarta parte, c. XIX.

(2) DE VIEL CASTEL, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1861, tomo III, p. 82.

(3) DE PRADT, *Memorias sobre la revolución de España*, página 318.

de, alguna vez, á las manos con Rusia; ésta ha sido batida, pero no aniquilada, y es necesario darla un nuevo golpe para someterla, y puesto que es necesario, cuanto más pronto mejor. Mis facultades personales no han decaído, mis ejércitos están animados, y quiero mejor imponerme esta tarea al presente, que aún soy joven, que cuando sea viejo y endeble; por último, quiero mejor tomarla á mi cargo que á mi sucesor, que no es más que un niño, y que probablemente no tendrá mi talento. La suerte está echada, yo haré lo que crea conveniente y Dios decidirá," (1). ¿Dónde está la necesidad de someter y aniquilar la Rusia? Napoleón dice en Santa Elena que fué por la Inglaterra: "La Rusia era el último baluarte de los ingleses; la paz del globo estaba en Rusia. Era el último esfuerzo que quedaba por hacer á la Francia; sus destinos, los del nuevo sistema europeo estaban al fin de la lucha," (2). ¿Qué era esto de nuevo sistema europeo? ¿Y qué era lo que la Francia tenía que ganar? El sistema europeo no era otro que la monarquía del Occidente. Esta ambición no era la de la Francia; al contrario, sufría las consecuencias de la culpable imprudencia que había cometido en confiar sus destinos á un hombre sin garantía ninguna en su libertad. Esta loca ambición era la de Napoleón.

Se ha procurado disculparla, explicarla al menos, diciendo que la guerra de Rusia era la guerra de la civilización europea contra la barbarie del Norte. Napoleón mismo usa este lenguaje con uno de sus oficiales, cuyos recuerdos han sido dibujados por un brillante escritor. El temor, dice monsieur Villemain, que los bárbaros del Norte inspiraban á Napoleón, venía de atrás; nació el día en que vió las fronteras de Francia amenazadas por Souvaroff. "Desde entonces su pensamiento, puesto en la historia y penetrado de la del imperio romano, le llevó á aquella antigua ley de las invasiones del Norte sobre las del Mediodía, y las grandes irrupciones bárbaras que descendían de las llanuras de la Alta Asia sobre la Europa Occidental. El quiso que la Europa llegase á ser francesa, porque temía que un día llegara á ser rusa. Hacía por vencer la barbarie con la revolución, y los pueblos del Norte con las naciones del Mediodía: "¿No es

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XLIII (tomo IV, p. 151).

(2) LAS CASES, *Memorias de Santa Elena*, t. III, p. 89 (edición en 12.º).